

Presentación

De una orilla a la otra, los cronistas

Es preciso recordar en este instante a Caronte, ese brillo griego que es el barquero del Hades. Como el lector sabrá, el Aqueronte es un río de muertos, y para pasar de una orilla a la otra es necesaria la ayuda de Caronte. De no poder pagar la moneda requerida para esto, estamos condenados a vagar muchos años sin rumbo, hasta que el barquero se apiade de nosotros, o el tiempo, que ya no es tiempo. Esa bella imagen del anciano (porque dicen que lo es) que ayuda a las almas a atravesar un río de muerte, para pasar de un infierno a otro (como si fuera una definición de la misma vida en muchos instantes), es justa para hablar de los hombres y de las mujeres que escriben en esta *Agenda*. La explicación es sencilla. Y trataré de exponerla con claridad.

Quienes escriben aquí son cronistas, aquellos que no inventan nada y que, sustentados en la realidad, crean un universo literario a partir de un hecho sucedido y comprobable. En contra de Borges, que odiaba los periódicos y sus noticias, yo llego a amarlos por los cronistas. En contra del maestro argentino, que imaginaba que un periódico solo merecía publicarse cada cientos de años, cuando ocurriera algo de verdad significativo (la llegada a la Luna sería la última edición hasta hora), creo que si por algo merecen seguir publicándose es por los cronistas. En medio de ese río de noticias y de hechos que es un día, son ellos quienes cargan en su barca las bellas historias, para sacarlas de la frialdad y el anonimato informativos a una orilla menos áspera donde, narradas con amor, puedan sobrevivir, y conmovir, si corren con suerte, al lector del día pero también al de siempre, pasados los días. Menos malhumorados o taciturnos que el Caronte del Hades, los cronistas viven su infierno y van de una orilla a otra buscando cielos, porque cantan con Lope de Vega, seguros de “que el cielo en un infierno cabe.”

Pido disculpas si la comparación no logra hacerles justicia, o no es buena literariamente, pero se me antoja precisa, como ya lo he dicho. Quise buscar una imagen porque con imágenes, precisamente,

trabajan los cronistas. Ellos son hijos del primer hombre que se detuvo a narrar el pasado, los sueños o las imaginaciones, aquel que inauguró el oficio de intentar levantar con imágenes el mundo que no tenemos frente a nosotros, porque ya no está, porque no ha sucedido o porque es producto de nuestra mente. Pero que puede ser, si está en la voz y las manos de un buen narrador, tan real como realidad “presente” que tocamos.

Pero resulta que en la actualidad la crónica es un género vibrante. Y no se debe solamente a los diarios, sino a la explosión de revistas dedicadas al género y al oficio de cronistas que se dedican a viajar y a descubrir historias, que luego se convierten en libros. Hay bellos ejemplos de esto último. Quizá algunos de los mejores estén en la buena tradición americana. O en ese hombre delicado y silencioso, Kapuscinski, que ha sido llamado el mejor reportero del siglo XX, un mera expresión comercial que no deja de ser cierta y comprobable, como sus crónicas.

Pero ¿qué ha hecho a Kapuscinski un gran cronista? O, en otras palabras, ¿qué define a una buena crónica, qué la hace diferente de otros intentos de recontar la realidad de manera bella y amena? En principio, debería decir que la crónica, tal como la conocemos hoy —una narración de sucesos reales con recursos literarios— es una canción que habla de los días y de sus hombres, fiel a los hechos y a la imaginación del lenguaje. Y es justamente en este último ingrediente donde se encuentra el encanto de las grandes crónicas. El cronista acecha al lenguaje, lo amasa, lo acaricia para sacarle la melodía oculta del pasado, y lograr, de esta manera, que el lector encuentre muy real la realidad perdida.

Las ideas del Hades, Caronte y su barca, el río Aqueronte y las almas condenadas han servido, desde que el mundo es mundo, como ejemplos de diversas cosas. Hoy, me asisten con los cronistas. Y en un texto de Alberto Salcedo, uno de los escritores de esta sucinta recopilación, compruebo que no es tan descabellado el ejemplo, ni, mucho menos, novedoso. Salcedo escribe, al final de un artículo titulado “La roca de Flaubert”, que los contadores de historias buscan, a su modo, atravesar el infierno. Lo ha dicho al citar a un novelista rumano, quien cuenta cómo los prisioneros rusos de los campos de concentración que tenían como compañero a un contador de historias sobrevivieron más que quienes no tuvieron este privilegio. “Escuchar historias les ayudó a atravesar el infierno”, son las palabras exactas del autor recordado por Salcedo.

Caronte conduce a las almas por el río del infierno, aunque sea para llegar a otro infierno. Las historias ayudan a soportar un infierno. Los cronistas son barqueros que llevan historias de una

orilla a otra, del infierno del día a día hasta un lugar menos infernal, aunque se describa el infierno. Un lugar donde cada palabra brilla, homenajeando a los protagonistas de la vida. Caronte, en la descripción de Dante en su *Divina Comedia*, es “un viejo cano de cabello antiguo”, pero también es joven, de pelo negro o de rizos claros, sencillo, alto, moreno, de ojos azules o negros, grandes o indios, maduro, enérgico, taciturno, quien va caminando por África, por la sabana del Caribe colombiano o por el vértigo de Nueva York, con música que sale de sus manos. Un viejo que puede adoptar muchos nombres, según dónde vaya: Heródoto, Daniel, Ryszard, Truman, Alberto...

¿Qué clase de barqueros están convocados aquí, en esta *Agenda*? Es el lector quien tiene las respuestas.

Juan Fernando Gutiérrez, periodista, coordinador del Área
de Comunicaciones del Museo Universitario —MUUA—